

# La conservación de los hijos

**Jacques Donzelot**

A partir de mediados del siglo XVIII se ve florecer una abundante literatura sobre el tema de la conservación de los hijos. Al principio es asunto de médicos, como Des Essartz (*Traité de l'éducation corporalle des enfants en bas âge, ou, réflexion pratique sur les moyens de procurer une meilleure constitution aux citoyens*, 1760), Brouzet (*Essai sur l'éducation médicinale des enfants et sur leurs maladies*, 1757), Raulin (*De la conservation des enfants*, 1767), Leroy (*Recherches sur les habillements des femmes et des enfants*, 1772), Buchan (*Médecine domestique*, 1775), Verdier Heurtin (*Discours sur l'allaitement et l'éducation physique des enfants*, 1804); eso sin tener en cuenta las célebres obras de Tissot sobre el onanismo y su *Avis au peuple sur sa santé* (1761). Más tarde, a este cortejo médico se unen administradores como Prost de Royer, lugarteniente general de la policía de Lyon, o como Chamousset (*Memoire politique sur les enfants*); también militares, como Bousmard y, ¡el mismísimo Robespierre! Todos critican las costumbres educativas de su siglo con tres blancos privilegiados: los hospicios, la crianza de los niños con nodrizas domésticas, la educación "artificial" de los niños ricos. Con su encadenamiento circular, estas tres técnicas engendraban tanto el empobrecimiento de la nación como la decadencia de su élite.

Reprochan a la administración de los hospicios las espantosas tasas de mortalidad de los menores que recoge: el noventa por ciento mueren antes de haber podido "hacer útiles para el Estado" esas fuerzas que, sin embargo, tanto le ha costado mantener durante la infancia y la adolescencia. Todas estas memorias se obstinan en mostrar lo oportuno que sería, sin embargo, salvaguardar los bastardos a fin de destinarlos a tareas nacionales como la colonización, la milicia y la marina, tareas para las que estarían perfectamente adaptados por el hecho de carecer de obligaciones familiares. "Sin padres, sin más sostén que el que les procura un sabio gobierno, no están apegados a nada, nada tienen que perder; incluso la muerte podría parecer formidable a tales hombres a los que nada une a la vida, y a los que desde niños se podría familiarizar con el peligro. No debe ser difícil lograr que miren con indiferencia la muerte y los peligros, personas educadas en esos sentimientos y a los que no distraerá ninguna ternura recíproca. También serán buenos para proporcionar marineros, suplir a las milicias, o poblar las colonias." (De Chamousset, *Mémoire politique sur les enfants*).<sup>1</sup> El autor piensa particularmente en la colonización de la Luisiana, donde su hermano ha invertido todo su capital.

Pero, ¿a qué se debía exactamente esa elevada tasa de mortalidad? A la dificultad de la administración para encontrarles nodrizas y a la mala voluntad e incompetencia de éstas. De ahí que el problema particular de los niños abandonados se inserte en el problema más general de la crianza.

El recurso a las nodrizas del campo era una costumbre dominante entre las poblaciones de las ciudades. Las mujeres recurrían a ellas bien porque estaban demasiado ocupadas a causa de su trabajo (esposas de comerciantes y de artesanos), o bien porque eran lo suficientemente ricas como para evitarse el trabajo de la crianza. Los pueblos cercanos a las ciudades suministraban las nodrizas de los ricos, y los pobres tenían que ir a buscarlas mucho más lejos. Esta distancia, la falta de cualquier otro contacto entre la nodriza y los padres que el de los molestos intermediarios -los transportadores, las

transportadoras- era a menudo la ocasión ideal para un abandono disimulado o para turbias maniobras. Las nodrizas tenían serias dificultades para cobrar, a pesar de las penas de cárcel establecidas por la justicia contra los padres que no eran puntuales en cumplir este deber (hasta tal punto que una de las primeras asociaciones filantrópicas se propuso como objetivo reunir el dinero necesario para liberar a los padres detenidos por este delito). Para compensar este riesgo, las nodrizas pobres cogían varios niños a la vez. Ahí era donde intervenían los transportadores y las transportadoras, haciendo una prospección entre todas las mujeres susceptibles de proporcionar un niño que, mediante una comisión, llevaban a la nodriza, procediendo a veces a lucrativas especulaciones con un niño que se les moría en el camino, pese a lo cual continuaban sacando dinero a la madre con la complicidad de la nodriza. En estas condiciones, la mortalidad de los niños durante la crianza era enorme: alrededor de dos tercios en las nodrizas alejadas y de un cuarto en las próximas.

Los ricos podían comprar la exclusividad de una nodriza, pero raramente su bondad, y los médicos descubren bruscamente, en el comportamiento de las nodrizas, la explicación de muchas de las taras que padecen los hijos de aquéllos. "A veces uno se asombra, dice Bichan, de ver cómo los hijos de padres honestos y virtuosos muestran desde su más tierna infancia un fondo de bajeza y de maldad. Es, sin duda, en casa de sus nodrizas donde esos niños adquieren todos sus vicios. Serían honestos si sus madres los hubieran amamantado."<sup>2</sup> Las malas costumbres pueden transmitirse por la lactancia, estima también Bellexerd, "sobre todo si, extenuada por el trabajo, agobiada por la fatiga, la nodriza ofrece al niño un seno ardiente del que apenas sale un poco de leche agria y caliente". Esta maldad de las nodrizas puede explicarse por dos razones bien simples: el interés y el odio. Por ejemplo, "el uso de la faja surge cuando las madres, negándose a criar a sus hijos, los entregan a viles esclavas que no tratarán de desarrollar unas fuerzas que un día podrían volverse contra ellas -el esclavo, enemigo natural del amo, debe serlo de su hijo-; tan sólo tendrán para él sentimientos de recelo y adoptarán con gusto lazos que les permitan abandonarlo sin correr ninguno de los riesgos que podrían traicionar su negligencia".<sup>3</sup> La educación de los hijos de los ricos falla a causa de que es confiada a domésticos que emplean con ellos una mezcla de violencias y de familiaridades impropia para asegurar su desarrollo, como lo atestigua el uso de la faja. Aún es habitual contar con los domésticos para todas las tareas prácticas que están en los inicios de una cierta educación corporal de los niños ricos, encaminada exclusivamente al placer, a la compostura; como, por ejemplo, el papel de los corsés para las adolescentes, tan denunciado por los médicos como el fajamiento de los bebés. El corsé es un ensamblaje de fibras de ballena unidas por cordones que envuelven el tronco con objeto de disminuir el talle. Aplicado con fuerza contra el pecho y el vientre, obliga, con el uso, a adquirir la figura deseada y, como precio de ese modelado estético, la letanía de males engendrados por la compresión que impone. A esto se añade, en las muchachas, el confinamiento al que se las somete hasta la edad de su presentación en sociedad, reclusión debilitante que a menudo las hace ineptas para las tareas maternas y reproduce así la necesidad de domésticos.

En el extremo más pobre del cuerpo social, lo que se denuncia es la irracionalidad de la administración de los hospicios, los pocos beneficios que el Estado obtiene de la crianza de una población que sólo excepcionalmente alcanza una edad en la que puede devolver los gastos que ha ocasionado: la ausencia de una *economía social*. En el extremo más rico, lo que se critica es la organización del cuerpo con vistas a un uso estrictamente

derrochador por el refinamiento de modales que hacen de él un puro principio de placer: la ausencia de una *economía del cuerpo*.

La fuerza de estos discursos incitando a la conservación de los niños radica, sin duda, en la conexión que establecen entre el registro médico y el registro social, entre la teoría de los fluidos sobre la que reposa la medicina del siglo XVIII y la teoría económica de los fisiócratas. Toda su fuerza militante proviene de la relación que pueden establecer entre la producción de la riqueza y el tratamiento del cuerpo. Ambas producen una inversión paralela; en el primer caso, de la relación entre riqueza y Estado; en el segundo, de la relación entre alma y cuerpo.

Hasta los fisiócratas, la riqueza se produce para permitir la munificencia de los Estados. La actividad suntuaria. La multiplicación y el refinamiento de las necesidades de la instancia central son las que incitan a la producción. La riqueza está, pues, en el poder manifiesto que dan, a una minoría, los impuestos estatales. Con los fisiócratas, el Estado ya no es la finalidad de la producción, sino su medio: le corresponde regir las relaciones sociales de forma que intensifique al máximo esta producción restringiendo el consumo.

La teoría maquínica del cuerpo sobre la que reposa la medicina del siglo XVIII consiste también en invertir las posiciones respectivas del alma y del cuerpo con vistas a la perfección. "De todos los seres que Dios ha creado, el hombre es, sin duda, el más perfecto. Encierra en sí esa partícula de espíritu divino, el alma, que el Soberano Creador le ha dado para dirigir su conducta, moderar sus pasiones. Dios, creando las almas y uniéndolas a las criaturas, les da a todas las mismas perfecciones. ¿Qué sucede entonces para que no haya dos que tengan el mismo carácter? ¿De dónde procede, pues, esa falta de perfección que encontramos en la mayoría de los individuos? Si esas diversidades provienen del alma, ésta debería de cambiar con la lluvia y el buen tiempo, lo cual no tiene sentido. Entonces, ¿de dónde provienen?" La pregunta es de Nicolas Malouin, al principio de su obra, *Le traité des solides et des fluides* (1712), que tan bien puede servir de declaración inaugural para toda la medicina del siglo XVIII. Entre este principio rector de las conductas que es el alma y la extrema irregularidad de los resultados, hay que considerar el peso de un mecanismo cuyas variaciones y alteraciones darían las claves de las manifestaciones del género humano. ¿Qué puede alterar esta mecánica, este ensamblaje de "fibras" (músculos) que componen el cuerpo humano? Factores exteriores como el aire y todos los principios deletéreos que vehícula, pero también la circulación más o menos buena de los fluidos, su retención o su disipación excesiva que, con el juego de su contracción o de su relajación, repercuten sobre el buen estado de los sólidos (las fibras). Como, por ejemplo, la retención de la leche materna que, encontrando su salida natural bloqueada, "se lanza indistintamente en todas las direcciones, según que le opongan más o menos obstáculos, y ocasiona múltiples males"<sup>4</sup>, o también la pérdida de esperma por el onanismo, ese "aceite esencial cuya pérdida deja a los otros humores débiles y alterados" y engendra las enfermedades de todos conocidas.<sup>5</sup> Rebasado cierto umbral en ese deterioro, los movimientos de las fibras escapan totalmente al control del alma. Y, además, "¿qué es el coito, sino una pequeña epilepsia?"<sup>6</sup> Así pues, es necesario situar el alma en el puesto de mando de la circulación de los flujos, teniendo como máxima preocupación su evacuación, el movimiento automático y ese fracaso del alma que es la convulsión. Ya no es el cuerpo el que debe, con sus estigmas o su pureza, testimoniar de la nobleza de un alma, de su desprendimiento; es el alma la que es requerida para dar cuenta de la

imperfección de los cuerpos y de las conductas, para aplicarse a dirigir las mediante una sana regulación de los flujos.

Entre la economía de los flujos sociales y la economía de los flujos corporales la correspondencia sólo es metafórica. Ambas utilizan de la misma manera la oposición campo-ciudad. La escuela fisiocrática opone la renta de la tierra, la seriedad de la producción agrícola, a las ilusiones de la producción suntuaria. Toda la medicina del siglo XVIII puede, asimismo, ordenarse en torno a esta cuestión: ¿Por qué los campesinos, y particularmente sus hijos, que tienen una vida más difícil y una alimentación menos rica que la de los burgueses y los nobles, tienen, sin embargo, mejor aspecto? Respuesta: porque no están sometidos a las mismas obligaciones estéticas. Porque en lugar de sufrir los artificios del vestido y del confinamiento disfrutan de los beneficios de un ejercicio regular, porque en lugar de entregarse a las pasiones se ven obligados, a causa de su trabajo, a llevar una existencia regular.

Ahora bien, ¿qué es lo que opera exactamente este desplazamiento de la producción rural hacia la aglomeración urbana? ¿Qué es lo que provoca ese desprecio de las costumbres campesinas en provecho de los malsanos placeres de la ciudad? ¿Existe una relación práctica entre, por un lado, ese uso derrochador de los cuerpos, tanto en el poco aprecio que se les tiene (niños abandonados) como en el refinamiento de las prácticas que los destinan exclusivamente al placer y, por otro, esa economía de derroche, de prestigio, que da lugar al dudoso fasto de las ciudades? Sí; existe un hilo conductor, los seres maléficos contra los que se dirige todo el pensamiento social y médico del siglo XVIII: los domésticos. A través de ellos comunican la saturación de las ciudades y el vacío del campo.

Los hombres se precipitan hacia la condición de doméstico de ciudad, porque les libra del servicio militar. Los nobles o los burgueses advenedizos, en lugar de permanecer en sus tierras y dirigir la producción, vienen a instalarse en las ciudades y, para exhibir su riqueza, no encuentran mejor medio que arrastrar con ellos a los hombres que constituían las fuerzas vivas de la producción, a los que seducen con vistosos atuendos y pomposos títulos. Estos domésticos de las ciudades quieren, entonces, vivir por encima de sus posibilidades. Contraen matrimonio y tienen hijos que su situación no les permite criar, abandonándolos a cargo del Estado. Las mujeres pobres del campo, no encontrando entonces con quién casarse, se entregan a la mortífera industria de la crianza, o bien se resignan a ir como domésticas a la ciudad, y allí, deslumbradas por la vida de sus dueñas, totalmente entregadas al lujo y a la vida de sociedad, se mueren de envidia por hacer otro tanto a cualquier precio. De ahí el cortejo creciente de prostitutas indecentes y depravadas. El maléfico circuito de la domesticidad lleva implacablemente de la indolencia de las señoritas a la insolencia de las prostitutas.

Conservar los hijos va a significar poner fin a los daños causados por la domesticidad, promover nuevas condiciones de educación que, por un lado, puedan contrarrestar la nocividad de sus efectos sobre los niños que se les confía y, por otro, obligar a que eduquen a sus hijos todos aquellos individuos que tienen tendencia a abandonarlos al cuidado del Estado o a la mortífera industria de las nodrizas. Ahora bien, si en todas partes la causa del mal es la misma, si el blanco principal es la domesticidad, los remedios van a ser diferentes según se trate de ricos o de pobres.

Celebramos el siglo XVIII por su revalorización de las tareas educativas, decimos que la imagen de la infancia ha cambiado. Sin duda, pero lo que se implanta en esa época es una reorganización de los comportamientos educativos en torno a dos polos bien distintos y con dos estrategias bien diferentes. El primero, orientado hacia la difusión de la medicina doméstica; es decir, un conjunto de conocimientos y de técnicas que deben permitir a las clases burguesas sustraer a sus hijos de la influencia negativa de los domésticos, poner a éstos bajo la vigilancia de los padres. El segundo podría reagrupar, bajo la etiqueta de "economía social" todas las formas de dirección de la vida de los pobres con vistas a disminuir el coste social de su reproducción, a obtener un número deseable de trabajadores con un mínimo de gasto público, en resumen, lo que se ha convenido en llamar la filantropía.

Desde el último tercio del siglo XVIII hasta finales del XIX, los médicos han confeccionado, para uso de las familias burguesas, una serie de obras sobre la crianza, la educación y la medicación de los niños. Tras los clásicos del siglo XVIII, los Tissot, los Duchan, los Raulin, aparecen toda una serie de publicaciones sobre el arte de criar los niños de primera edad, así como guías y diccionarios de higiene para uso de las familias.<sup>7</sup> Los tratados médicos del siglo XVIII exponían simultáneamente una doctrina médica y consejos educativos. En el siglo XIX, los textos médicos dirigidos a las familias cambian de tono y se limitan a consejos imperativos. Por dos razones, sin duda convergentes. A partir de Lavoisier, la concepción maquinica del cuerpo ya no es válida; con ella desaparece la perfecta congruencia entre doctrina médica y moral educativa. Los médicos ya no disponen de un discurso homogéneo, sino de un saber en pleno cambio, y se ven obligados a separar tácticamente el registro de los preceptos higiénicos del de la difusión de un saber. Tanto más cuanto que comienzan a temer los efectos de una vulgarización prematura de los análisis médicos que conducen a que cada cual pretenda ser médico, con los errores que esto puede implicar y, sobre todo, con la pérdida de poder que supone para el cuerpo médico. De ahí la búsqueda de una relación entre medicina y familia que permita evitar estos dos inconvenientes. El establecimiento del médico de familia, ese anclaje directo del médico en la célula familiar, fue el mejor medio de poner freno a las tentaciones de los charlatanes y de los médicos no cualificados. Y, en el interior mismo de la familia, la alianza privilegiada entre el médico y la madre tendrá como función reproducir la distancia, de origen hospitalario, entre el hombre de saber y el nivel de ejecución de los preceptos atribuido a la mujer. En 1876, el higienista Fonssagrives presenta su *Dictionnaire de la santé*, con dos principales advertencias: "Advierto a las personas que busquen en este diccionario los medios para hacer medicina en su detrimento o en el de otros, que no encontrarán nada parecido. Me propongo únicamente enseñarles a dirigir su salud en medio de los peligros que la amenazan, y a no ocuparse de la de los demás; a apartarse de los mortales ataques de la rutina y de los prejuicios, a comprender bien lo que puede y lo que no puede la medicina, a establecer las relaciones con su médico de una manera razonable y provechosa para ambos. Por otro lado, me propongo enseñar a las mujeres el arte de la *enfermería doméstica*. Las *veladoras* mercenarias son a las verdaderas enfermeras lo que las nodrizas de profesión a las madres: una necesidad, y nada más. Tengo la ambición de hacer de la mujer una enfermera perfecta. que comprenda todo, pero que comprenda sobre todo que su papel es ese, y que a la vez es noble y caritativo. El papel de las madres y el de los médicos son y deben ser claramente distintos. Uno prepara y facilita el otro; se complementan o más bien deberían complementarse en interés del enfermo. El médico prescribe. La madre ejecuta."

Esta unión orgánica entre medicina y familia va a repercutir profundamente sobre la vida familiar e inducir su reorganización al menos en tres direcciones: 1), el aislamiento de la familia contra las influencias negativas del antiguo medio educativo, contra los métodos y los prejuicios de los domésticos, contra todos los efectos de las promiscuidades sociales; 2), el establecimiento de una alianza privilegiada con la madre, conductora de una promoción de la mujer debido a ese reconocimiento de su utilidad educativa; 3), la utilización de la familia por el médico contra las antiguas estructuras de enseñanza, la disciplina religiosa y el hábito del internado.

Hasta mediados del siglo XVIII la medicina se desinteresó de los niños y de las mujeres. Estas, simples máquinas reproductoras, tenían su propia medicina, despreciada por la Facultad y de la que la tradición ha guardado el recuerdo en la expresión "remedios de viejas". El parto, las enfermedades de las mujeres embarazadas, y las enfermedades de los niños, dependían de las "viejas", corporación similar a las domésticas y a las nodrizas, que compartían su saber y lo ponían en práctica. La conquista de este mercado por la medicina implicaba, pues, una destrucción del imperio de las viejas, una larga lucha contra sus prácticas, juzgadas inútiles y perniciosas. Los principales puntos de enfrentamiento son, naturalmente, la lactancia materna y la indumentaria del niño. Las obras de los siglos XVIII y XIX repiten las mismas alabanzas de la lactancia materna, prodigan los mismos consejos sobre la elección de una buena nodriza, denuncian incansablemente la práctica del fajamiento de los bebés y el uso del corsé. Pero abren también una multitud de pequeños frentes de lucha, sobre la cuestión de los juegos de los niños (alabanza del juego educativo), sobre las historias que se les cuentan (crítica de las historias de aparecidos y de los traumatismos que engendran), sobre la regularidad de las jornadas, sobre la creación de un espacio específicamente reservado a los niños, sobre la noción de vigilancia (a favor de una mirada discreta, pero omnipresente de la madre). Todos estos pequeños focos de lucha se organizan en torno a un objetivo estratégico: liberar al máximo al niño de las tensiones, de todo lo que impide la libertad de sus movimientos. el ejercicio de su cuerpo y, de ese modo, facilitar lo más posible el desarrollo de sus fuerzas, protegerle al máximo de los contactos que podrían herirle (peligro físico) o depravarle (peligros morales, historias de aparecidos con implicaciones sexuales), así pues, desviarle del recto camino de su desarrollo. De ahí la vigilancia de los domésticos, la transformación de la morada familiar en un espacio programado con vistas a facilitar los retozos del niño, el fácil control de sus movimientos. Bajo la acción de esta medicina doméstica, la familia burguesa toma progresivamente el aspecto de un invernadero. Este cambio en el gobierno de los niños era necesario para su higiene, pero también para el tratamiento de sus enfermedades. La educación por los domésticos se hacía según el principio de la mínima molestia para éstos, de su mayor placer también, como, por ejemplo, los juegos sexuales con los niños. Producía, a cambio, niños deformados y caprichosos. niños mimados en los dos sentidos del término, verdaderas víctimas de las enfermedades, y muy difíciles de curar, ya que no seguirán dócilmente el tratamiento que se les quiere aplicar. Por eso el médico necesitará un aliado en la casa. La madre, la única capaz de frenar cotidianamente el oscurantismo de los domésticos y de imponerse al niño.

Alianza provechosa para ambas partes. El médico triunfa gracias a la madre contra la hegemonía tenaz de esa medicina popular de las viejas y, en contrapartida, concede a la mujer burguesa, por la importancia creciente de las funciones maternas, un nuevo poder en la esfera doméstica. La importancia de esta alianza parece, desde finales del siglo XVIII, capaz de socavar la autoridad paterna. En 1785, la Academia de Berlín saca a

concurso las siguientes cuestiones: 1), ¿cuáles son, en condiciones naturales, los fundamentos y los límites de la autoridad paterna?; 2), ¿existe alguna diferencia entre los derechos de la madre y los del padre?; 3), ¿hasta qué punto las leyes pueden ampliar o limitar esta autoridad? Entre las respuestas premiadas, la de Peuchet, autor de la *Encyclopédie méthodique*, toma claramente partido por una revalorización de los poderes de la madre: "Si las razones del poder que los padres tienen sobre sus hijos durante su edad de debilidad e ignorancia residen esencialmente en la obligación que se les impone de vigilar por la felicidad y conservación de esos frágiles seres, no cabe duda de que la ampliación de ese poder no aumenta en la misma medida que los deberes para con ellos. La mujer, a la que su estado de madre, de nodriza, de protectora, prescribe deberes que no conocen los hombres, tiene, pues, un mayor derecho a la obediencia. Si la madre tiene un derecho más real a la sumisión de sus hijos que el padre es porque tiene mayor necesidad de él".<sup>8</sup>

Aumentando la autoridad civil de la madre, el médico le proporciona un estatuto social. Esta promoción de la mujer como madre, como educadora, como auxiliar del médico, servirá de punto de apoyo a las principales corrientes feministas del siglo XIX.

Los defectos de la educación de los niños de corta edad en la esfera privada tienen sus equivalentes en la esfera pública. Fonssagrives denuncia con igual fuerza los peligros que la educación pública ejerce sobre la salud de los niños, argumentando los mismos principios que para proscribir las antiguas costumbres de la faja y del corsé. ¿Acaso no reflejan el rigor claustral y la rigidez de las reglas de los institutos y de los conventos? ¿El amontonamiento, la mala ventilación y la falta de ejercicio acaso no nos hablan del confinamiento de los niños en las habitaciones menos amplias del hogar familiar? ¿La promiscuidad del dormitorio, la amenaza de contagio, los hábitos viciosos que engendra, no son del mismo orden que el riesgo de depravación de los niños por los domésticos sin escrúpulos y sus juegos pretendidamente inocentes? Contra el internado, los reglamentos conventuales de los institutos y los programas recargados, contra esa "educación homicida", el médico alerta a las familias e inspira una cruzada de la que saldrán las primeras asociaciones de padres de alumnos a finales del siglo XIX.<sup>10</sup> Y con ella, el inicio de una educación mixta familiar y escolar con la que los padres preparan al niño a aceptar la disciplina escolar y al mismo tiempo velan por las buenas condiciones de la educación pública: mejora de la salubridad de los internados, supresión de los vestigios de castigos corporales, supresión de los peligros físicos que pueden amenazar a sus hijos (cascos de botella sobre los muros...), desarrollo de la gimnasia, vigilancia de los alrededores de los institutos, vigilancia de los kioscos de periódicos, de los bares, de los exhibicionistas y de las prostitutas que rondan por allí. Se trata de establecer en la educación pública la misma dosis de liberación física y de protección moral que en la educación privada.

Todo esto, por supuesto, sólo es válido para las familias acomodadas, las que tienen domésticos, aquéllas en las que las esposas pueden dedicarse a la organización de la casa, aquéllas que pueden pagar los estudios de sus hijos en los institutos y tienen cultura suficiente como para sacar provecho de este tipo de obras. La intervención sobre las familias populares pasa por otros canales que los de la difusión de libros y el establecimiento de una alianza orgánica entre familia y medicina: porque en ellas el analfabetismo era muy importante hasta finales del siglo XIX, porque las gentes del pueblo no podían permitirse un médico de familia, pero también, y sobre todo, porque los problemas son totalmente distintos. En apariencia se trata igualmente de la misma

preocupación por asegurar la conservación de los hijos, por extender los mismos preceptos de higiene, pero con la *economía social*, la naturaleza de las operaciones entabladas es totalmente distinta de las realizadas bajo la égida de la medicina doméstica, y produce efectos prácticamente opuestos. Ya no se trata de evitar a los hijos torpes violencias, sino de frenar las libertades tomadas (entrega a los hospicios de los niños abandonados, abandono disimulado de la crianza), de controlar las asociaciones salvajes (aumento del concubinato con la urbanización en la primera mitad del siglo XIX), de conjurar las líneas de fuga (vagabundeo de los individuos, particularmente de los niños). En una palabra, ya no se trata de asegurar discretas protecciones, sino de establecer vigilancias directas.

Habría que hacer un estudio sobre la historia paralela de los conventos de preservación y de corrección para los jóvenes, de los prostíbulos, y de los hospicios. Estas tres instituciones nacen y mueren casi al mismo tiempo. En el siglo XVII, los conventos, bajo el impulso de la Contra-Reforma, absorben a las mujeres solteras para destinarlas a fines misioneros, asistenciales y educativos. En la misma época. San Vicente de Paul trata de centralizar los abandonos de niños, de dar una finalidad estatal a esta tarea contra su utilización por la corporación de mendigos que, mediante graves mutilaciones, hacían de ellos objetos capaces de suscitar compasión. Comienza también en este momento la represión de las prostitutas que, tras haber estado confinadas desde la Edad Media en barrios especializados, se ven progresivamente privadas del derecho de permanecer en la calle. A finales del siglo XVIII y en la primera mitad del XIX es la misma policía la que organiza el sistema de prostíbulos, persiguiendo a las prostitutas solitarias, obligándolas a entrar en las casas sostenidas por los chulos que dependían directamente de ella. A finales del siglo XIX estas tres prácticas estarán simultáneamente desacreditadas: la asistencia pública se organiza contra el abandono automático de los niños adulterinos en los hospicios; los obradores y los conventos de preservación son objeto de toda clase de escándalos, financieros y morales; la policía de costumbres que organiza la prostitución es violentamente atacada en razón del carácter arbitrario de sus detenciones, de su función de policía paralela. Una misma curva histórica unifica, pues, estos tres tipos de prácticas, en las que se adivina una función de transición entre el antiguo y el nuevo régimen familiar.

La instauración de estas prácticas de acogida y de segregación sólo se comprende en relación a los axiomas que regían el antiguo sistema de alianzas y de filiaciones; la determinación de aquéllos y de aquéllas a los que estaría reservada la perpetuación del patrimonio; la posibilidad, sólo para ellos, de casarse, quedando los demás a su cargo; la discriminación entre los productos legítimos y los ilegítimos de las uniones sexuales. El régimen de alianzas no trataba, pues, de coincidir con las prácticas sexuales; al contrario, se establecía a una distancia calculada de éstas. Había que preservar de cualquier unión inadecuada a las personas destinadas a las alianzas provechosas, había también que disuadir de cualquier esperanza familiar a las que no tenían medios. Todo eso implicaba una separación entre lo sexual y lo familiar, un desnivel causante de ilegalidades más o menos toleradas, generadoras también de continuos conflictos y de un desperdicio de fuerzas "útiles". En la familia, este desnivel entre régimen de alianzas y registro sexual amenaza permanentemente la paz de los hogares por las prácticas de seducción y de malversación que engendra, y que los tratados de derecho se esfuerzan en codificar.<sup>11</sup> Para el Estado, los individuos que la ley de alianzas rechaza se convierten en fuente de peligro por su vagabundeo y su miseria, pero también en una pérdida, pues constituyen fuerzas desocupadas. Cuando nacen los conventos de preservación, los



prostíbulos y los hospicios, su objetivo explícito es conciliar el interés de las familias con el interés del Estado, conciliar la paz de las familias por la moralización de los comportamientos y la fuerza del Estado por el tratamiento de los inevitables desechos de este régimen familiar, los solteros y los niños abandonados. El crecimiento de la policía en el siglo XVIII se apoya sobre el poder familiar, prometiéndole felicidad y tranquilidad al extender su imperio sobre los rebeldes y los repudiados de la familia. El aparato central está, pues, al servicio de las familias. Un autor como Retif de la Bretonne llega incluso a ver en el desarrollo de estos aparatos un medio de resolver definitivamente el problema que plantea ese desnivel entre familia y sexualidad. En *Le pornographe, ou Idées d'un honnête homme sur un projet de règlement pour les prostituées propre à prévenir les malheurs qu'occasionne le publicisme des femmes* (1769), propone una institución que reúna las ventajas del convento, del prostíbulo y del hospicio. En ella tendrán cabida todas las jóvenes no destinadas al matrimonio por sus familias. En ese edificio de inspiración conventual, las más bellas serán destinadas a satisfacer a los clientes que eventualmente podrán desposarlas. Las demás, y las viejas, se ocuparán de la educación de los niños que resulten de esas uniones y pondrán así "al servicio del Estado un plantel de sujetos que no estarán directamente a su cargo (ya que los clientes pagarán), pero sobre los que tendrá un poder ilimitado, puesto que los derechos paternos y los del soberano estarán confundidos".

Ahora bien, esta armonía entre el orden de las familias y el orden estatal es más bien producto de una connivencia táctica que de una alianza estratégica, porque el escándalo no es para los dos de la misma naturaleza. Lo que molesta a las familias son los niños adulterinos, los menores insumisos, las jóvenes de mala fama, todo lo que puede perjudicar el honor familiar, su reputación, su rango. Lo que inquieta al Estado, por el contrario, es el despilfarro de fuerzas vivas, esos individuos inutilizados o inutilizables. Entre estos dos tipos de objetivos hay, pues, una convergencia momentánea sobre el principio de la concentración de los indeseables de la familia. Pero si para las familias esta concentración tiene valor de exclusión, de desembarazo, al Estado, le sirve de freno a las costosas prácticas familiares, como punto de partida de una voluntad de conservación y de utilización de los individuos. Superficie de absorción de los indeseables del orden familiar, los hospitales generales, los conventos y los hospicios sirven de base estratégica para toda una serie de intervenciones correctivas sobre la vida familiar. Estos lugares de concentración de infortunados, de míseros y de desgraciados facilitan la movilización de las energías filantrópicas, le dan un punto de apoyo, le sirven de laboratorio de observación de las conductas populares, de rampa de lanzamiento de tácticas apropiadas para oponerse a los efectos socialmente negativos y reorganizar la familia popular en función de imperativos económico-sociales.

Nada más ejemplar en esta inversión de las relaciones Estado-familia que la historia de los hospicios. La preocupación por aunar el respeto a la vida y el respeto al honor familiar ha provocado a mediados del siglo XVIII la invención de un ingenioso dispositivo técnico: el *torno*. Es un cilindro que gira sobre su eje y en el que un lado de la superficie lateral está abierto; el lado cerrado da a la calle y en sus proximidades hay un timbre. ¿Una mujer quiere abandonar un recién nacido? Avisa a la persona de guardia tocando el timbre. Inmediatamente el cilindro, girando sobre sí mismo, presenta al exterior su lado abierto, recoge al recién nacido y, prosiguiendo su movimiento, lo introduce en el interior del hospicio. De esta forma el donante no ha sido visto por ninguno de los sirvientes de la casa. Y ese es el objetivo: romper, sin huellas y sin escándalo, el lazo de origen de estos productos de alianzas no deseables, depurar las

relaciones sociales de los progenitores, que no se ajustan a la ley familiar, a sus ambiciones, a su reputación.

El primer torno funciona en Rouen en 1758. Trata de suprimir la vieja práctica de abandonar a los niños en los pórticos de las iglesias, de las casas particulares y de los conventos, donde podían perfectamente morir antes de que alguien se ocupara de ellos. En 1811, el sistema del torno se generaliza en el marco de la reorganización de los hospicios; en esta fecha existen unos 269. Progresivamente serán eliminados. Entre 1826 y 1853 se cierran 165 tornos, desapareciendo el último en 1860. La aparición y desaparición del torno corresponden a un considerable aumento del número de niños abandonados, a su reducción y estabilización relativa. En el momento de su fundación el hospicio de San Vicente de Paul acogía a 312 niños; en 1740, 3.150; en 1784, 40.000; en 1826, 118.000; en 1833, 131.000; en 1859, 76.500. Lo que permite adivinar la importancia de los debates sobre el mantenimiento o la supresión de los tornos. Sus partidarios son todos los defensores del poder jurídico de la familia: hombres como Lamartine, A. de Melun, Le Play. Elogian su función purificadora de los extravíos sexuales, esa especie de confesonario que registra y absuelve al mismo tiempo los productos de las faltas. Para paliar el peligro de un número elevado de abandonos, proponen que se revalorice el peso jurídico de la familia, restaurando los métodos de investigación de la paternidad, en desuso desde la Revolución, creando un impuesto sobre el celibato, separando claramente el registro de los individuos inscritos en el marco familiar del de los bastardos, a quienes se podrá destinar a tareas exteriores como la colonización o utilizar para el servicio militar en sustitución de los hijos de familia bien. Son hostiles al torno los hombres de la filantropía ilustrada, hombres como Chaptal, La Rochefoucauld, Liancourt, Ducpétiaux, partidarios de una racionalización de las ayudas públicas, del desarrollo de la adopción, así pues, de la primacía de la conservación de los individuos sobre la preservación de los derechos de sangre.

Lo que hace inclinar la decisión en favor de los últimos es el descubrimiento de una utilización popular del torno que no tiene nada que ver con su primer destino, el de simple eliminación de esos objetos de escándalo que son los niños adulterinos. Desde finales del siglo XVIII, las administraciones de los hospicios comienzan a sospechar que sus instituciones son objeto de una malversación fraudulenta. Necker, en *L'administration des finances de la France*, estima que "esta loable institución ha impedido, sin duda, que seres dignos de compasión fuesen víctimas de los sentimientos desnaturalizados de sus padres", pero que "insensiblemente nos hemos acostumbrado a ver los hospicios como casa públicas donde el soberano encontraría justo alimentar y mantener los niños más pobres de entre sus súbditos; y esta idea, extendiéndose, ha relajado entre el pueblo los lazos del deber y del amor paterno".<sup>12</sup>

Intrigados por este aumento vertiginoso de abandonos, los administradores multiplican las comisiones de investigación para conocer las causas. Y lo primero que descubren es que entre los niños abandonados hay un número considerable de hijos legítimos. Sobre todo teniendo en cuenta que cuanto menor es la mortalidad en los hospicios menos escrúpulos tienen los padres. Pero aún hay algo más grave a los ojos de los gestores: no sólo las familias legítimas abandonan a sus hijos a causa de su extrema pobreza, sino que algunas que podrían criarlos también pretenden que el Estado los alimente, arreglándoselas para que se los atribuya de nuevo a título de crianza. «Desde que la legislación ha regulado la condición de los niños abandonados asignando un salario a las nodrizas, de pronto ha aparecido un nuevo tipo de abandono, que ha conocido en

poco tiempo un desarrollo extraordinario. Ahora, la madre que lleva un recién nacido al torno de un hospicio no tiene ninguna intención de abandonarlo; si se separa de él es para recuperarlo algunos días después con la complicidad de los mensajeros. Cuando los hospicios se llenaron de recién nacidos, pronto se dieron cuenta de la imposibilidad de darles en este recinto los cuidados necesarios. Las nodrizas del campo se hicieron indispensables. Se les confía los niños y se les asigna un salario por ese servicio. Los mensajeros llevaban los recién nacidos del hospicio a la mujer que debía amamantarlos, y pronto aparecen grandes problemas. Esas mujeres del campo pensaron que obtendrían un gran beneficio abandonando a sus recién nacidos, si, entendiéndose con los mensajeros, podían recuperar días más tarde a sus hijos, lo que suponía asegurarse el salario mensual de nodriza y más tarde una pensión. El fraude desafiaba cualquier investigación. Cuando una madre, ocupada por asuntos particulares, no podía criar a su hijo en casa, los vecinos se encargaban oficialmente del recién nacido." <sup>13</sup>

Sacando las consecuencias de estas encuestas, el ministro del interior De Corbiere lanza en 1827 una circular prescribiendo el desplazamiento de 105 niños a otro departamento para impedir que las madres amamanten como nodrizas asalariadas los niños que ellas mismas habían depositado en el torno, o bien que los visiten en casa de las nodrizas encargadas de cuidarlos. Suponía que la privación de ver a sus hijos alejaría a las madres del proyecto de abandonarlos. El resultado fue más bien negativo. De 32.000 niños trasladados entre 1827 y 1837, 8.000 fueron reclamados por sus madres, que los devolvieron algún tiempo después, cuando la medida fue anulada; y los demás murieron casi todos debido a ese brutal transplante. En 1837, De Gasparin confirma el fracaso de esta política en un informe al rey en el que expresa la idea de reemplazar la acogida hospitalaria, con sus inconvenientes, por un sistema de ayuda a domicilio para la madre, lo que significaba pagar a la madre el salario pagado por el hospicio a una nodriza, en principio extraña. Y también reemplazar el sistema del torno por el del servicio abierto. El secreto del origen que el torno permitía se prestaba a toda clase de abusos y hacía perder la iniciativa a la administración. Organizando los servicios de admisión no sobre la base de la acogida ciega, sino del servicio abierto, era posible, por un lado, disuadir del abandono, y, por otro, conceder las ayudas a partir de una investigación administrativa de la situación de las madres.

Inversión rica en consecuencias: decidiendo proporcionar una asistencia financiera y médica a las mujeres más pobres, pero también más inmorales, se ponía en marcha un mecanismo que implicaba la generalización de esas prestaciones a todas las demás categorías de madres si no se quería ser acusado de atribuir una prima al vicio.

De ese modo, lo que pudo darse como ayuda a una madre soltera, a la que deseaba alentar a conservar a su hijo, se convirtió en un derecho tan legítimo, primero para la viuda pobre cargada de hijos, después para la madre de familia numerosa y más tarde para la madre obrera, que había que alentar su continuación. Las ayudas familiares nacen de este modo, a principios del siglo XX, en el punto de confluencia de una práctica asistencial que amplía progresivamente el círculo de sus administrados y de una práctica patronal paternalista, feliz de liberarse a escala nacional de una gestión que le proporcionaba tantas molestias como beneficios.

Procedentes también de la extensión del control médico sobre la crianza de los hijos de las familias populares, aparecen, en 1865, las primeras sociedades protectoras de la infancia, primero en París (fundada por A. Meyer) y después en Lyon. Se proponen

como objetivo asegurar la inspección médica de los niños entregados por sus padres a una nodriza, pero también perfeccionar los sistemas de educación, los métodos de higiene y de vigilancia de los niños de las clases pobres. En sus revistas tienen, por ejemplo, una rúbrica, "crímenes y accidentes", donde son mencionados todos los hechos que indican malos tratos, todos los delitos de "falta de vigilancia" cometidos por los padres. Estas sociedades se apoyan en los comités de patronatos que ya habían nacido a propósito de la vigilancia de los niños del hospicio. Y lo que es más importante, llegan a la conclusión de que en las clases pobres los niños mejor tratados médicamente son los que dependen de la asistencia pública. Argumento que volverá a tomar Théophile Roussel en el análisis de las condiciones de aplicación de su ley de 1874 sobre la vigilancia de las nodrizas. "A pesar de los consejos desinteresados de los médicos y de las personas ilustradas, la rutina, la tozudez de los campesinos y los estúpidos consejos de las matronas, mantienen hábitos fatales para los niños, cuya higiene está muy mal orientada; y como prueba me basta añadir un detalle característico: los únicos niños bien atendidos en las regiones pobres, donde la mortalidad ha disminuido hasta el seis por ciento, son los de madres solteras, que han conseguido obtener ayudas mensuales y que están vigiladas especialmente por un inspector de la prefectura. al que temen y cuyos consejos escuchan." <sup>14</sup>

Así se constituye la madre de familia popular. Más que madre es nodriza, puesto que tiene su origen en el modelo de la nodriza cualificada del Estado. Continúa con la doble dimensión de su estatuto: la remuneración colectiva y la vigilancia médico-estatal. Debido a este carácter de nodriza los lazos que la unen a su hijo continúan siendo sospechosos durante mucho tiempo, sospechosos de relajamiento, de abandono, de interés egoísta, de incompetencia incorregible; herencia de un enfrentamiento entre la mujer popular y la asistencia del Estado, en el que el aspecto positivo a los ojos de sus tutores siempre será más el producto de una conjunción y de una proyección impuesta de la madre sobre el hijo que el de un engendramiento deseado. A los niños abandonados se les llamaba "hijos de la patria". Para criarlos sin demasiadas pérdidas y al menor coste se les volvía a entregar a sus madres, haciendo de éstas, y más tarde, por extensión de todas las madres populares, las "nodrizas agregadas del Estado", según la fórmula de Lakanal.

Las campañas para el restablecimiento del matrimonio entre las clases pobres proceden de esa misma preocupación por luchar contra la inflación incontrolable de las cargas de la asistencia. Cuando, tras haber agotado todas las consideraciones de alta moral y religión que estaban de actualidad sobre el tema, los observadores competentes de la clase obrera (Villermé, Frégier, Blanqui, Reybaud, Jules Simon. Leroy-Beaulieu) exponen el principal fundamento de sus temores, siempre se trata de la amenaza que se cierne sobre las cargas públicas con esa masa de hijos ilegítimos, avocados al vagabundeo y a una mortalidad precoz. Desde finales del siglo XVIII, una multitud de asociaciones filantrópicas y religiosas se propusieron como objetivo ayudar a las clases pobres, moralizar sus comportamientos, facilitar su educación, haciendo converger sus esfuerzos hacia una restauración de la vida familiar, principal fórmula y la más económica de asistencia mutua. En 1850, la Academia de Ciencias Morales y Políticas vota un texto de apoyo a la Sociedad de San Francisco-Régis, sociedad para el matrimonio civil y religioso de los pobres, en unos términos que no pueden ser más explícitos: "Los hombres situados al frente de los negocios y de la administración saben cuán urgente es disminuir y restringir no sólo los gastos de policía y de las investigaciones judiciales ocasionadas por los excesos a los que se entregan las clases

corrompidas, sino también todos los gastos que ocasionan a hospicios y hospitales el abandono recíproco de padres, de mujeres y de niños que deberían de haberse ayudado mutuamente como miembros de una misma familia y que, no estando unidos por ningún vínculo social, se vuelven extraños unos para otros. No sólo es una necesidad social y una obra de alta moralidad, sino también, para el Estado, los departamentos y los municipios, un excelente negocio, una evidente e inmensa economía. El hombre y la mujer del pueblo, cuando viven en desorden, a menudo no tienen ni hogar ni lugar. Sólo se encuentran a gusto allí donde el vicio y el crimen reinan libremente. No economizan nada; el hambre y la enfermedad los separan. De ordinario no tienen ninguna preocupación por sus hijos o, si mantienen relaciones con ellos, es para pervertirlos. Por el contrario, cuando un hombre y una mujer del pueblo, unidos ilícitamente, se casan, desertan de esas habitaciones infectas que constituían su únicas guaridas y se instalan en un piso. Su primera preocupación es retirar del hospicio los hijos que habían abandonado. Así pues, una vez casados, constituyen una familia; es decir, un centro donde los hijos están alimentados, vestidos y protegidos; envían a sus hijos a la escuela y los colocan de aprendices." <sup>15</sup>

Restaurar el matrimonio es, al menos en una primera fase, el papel de las sociedades de patronato. Estas sociedades divergen en sus opciones filantrópicas: entre ellas encontramos la filantropía de las Luces tal como ha podido atravesar el periodo revolucionario (Sociedad filantrópica, Sociedad de caridad materna, fundada en 1784, Sociedad de la moral cristiana, Sociedad para la instrucción elemental), pero también las obras religiosas inspiradas o reactivadas por el espíritu de la Restauración (Sociedad San-Vicente-de-Paul, Hermanos de la Escuelas cristianas, Sociedad de San-Francisco-Régis, etc.). Pero estas divergencias no les impiden funcionar asociadamente y comunicar entre sí. Por ejemplo, la Sociedad de caridad materna, cuyo objetivo es impedir que los niños sean abandonados por las familias legítimas, proporcionándoles subsidios materiales y financieros, envía a las familias ilegítimas que acuden a ella a la Sociedad de San-Francisco-Régis, que pone como condición para beneficiarse de sus ayudas el contraer matrimonio.<sup>16</sup> Los Hermanos de las Escuelas cristianas ejercen el mismo chantaje a propósito de la educación de los niños pobres. Por su parte, la Sociedad de San-Francisco-Régis, fundada en 1826, facilita la obtención de actas administrativas (la importancia de las migraciones hacía difícil a los pobres la obtención de documentos que justificasen su estado civil), concede su gratuidad y una reducción progresiva de las condiciones jurídicas del matrimonio (disminución de la edad lícita de matrimonio para los hombres y para las mujeres). Esto puede explicar la expansión de esta sociedad y otras similares: Sociedad del matrimonio civil, Obra de matrimonios indigentes. Secretariado del pueblo, Secretariado de las familias. Entre 1825 y 1846, la Sociedad de San-Francisco-Régis recibió 13.798 parejas «que vivían en desorden» y así devolvió a la «religión y a las buenas costumbres» a 27.596 individuos; 11.000 hijos naturales se beneficiaron en el mismo período de tiempo de la legitimación.<sup>17</sup>

Pero esto es poco a la vista de la amplitud del concubinato en las capas populares que, según las regiones, oscilaba entre un tercio y la mitad de las uniones. La negligencia, la dificultad para obtener los papeles juegan ciertamente un papel, pero solamente en superficie, estiman, a partir de mediados de siglo, observadores como Louis Reybaud, Jules Simon, Leroy-Beaulieu, J. Daubié. Y, además, la calidad de estos matrimonios es problemática. «Está muy bien regularizar las situaciones, conceder derechos a la mujer, un estado civil a los niños, escribe Jules Simon.<sup>18</sup> Pero, ¿en qué se convierte la familia una vez concluido el matrimonio? ¿Renuncia el marido al bar para vivir en el hogar?,

¿adquiere el hábito de economizar?, ¿pone a su mujer en condiciones de ocuparse de los hijos y del cuidado de la casa? En absoluto, personas honestas se han encargado de allanar por él todas las dificultades del matrimonio, han conseguido sus papeles y los de su futura esposa, obtenido todas las autorizaciones necesarias, pagado todos los gastos, él no tiene más que decir una palabra y firmar en el registro; deja hacer y tras la ceremonia continúa viviendo como antes.» Realizados con vistas a ventajas específicas, estos matrimonios sólo valen en la medida en que son necesarios para obtenerlas, pero no constituyen la transformación deseada del modo de vida obrero. Son, más que un contrato entre el hombre y la mujer, un contrato entre éstos y las sociedades de patronato. ¿Cuál era, pues, la razón de ese descrédito del modo de vida familiar entre los obreros?

Las sociedades de patronato lo explican, invocando las dificultades que encontraban. Entre las mujeres, estas sociedades no tienen dificultades para hacerse oír, pero con los hombres la cosa es diferente. "El futuro esposo sólo da este paso a regañadientes, debe arrastrarlo la mujer. Y si la recepción no es excesivamente cordial, todo está perdido. El hombre, contento con tener un pretexto, se retira con aire soberbio."<sup>19</sup> ¿Por qué esta reticencia? Porque para el obrero el matrimonio está asociado a la adquisición de un "estado" (tienda, carnicería, oficio, terreno, etc.), favorecido por la dote. La mujer aportaba con ella una contribución que debía compensar el coste de su mantenimiento y el de sus hijos. La importancia del fenómeno es tal que bajo el Segundo Imperio el ejército aún impedía a los soldados casarse con una mujer sin dote o legitimar un hijo natural.<sup>20</sup> Con la dote, la mujer compraba su posición social. Ya se tratase para ella de casarse o de entrar en un convento, cualquier posición reconocida implicaba esta premisa. Una mujer sin dote quedaba fuera de juego, en dependencia doméstica de su familia o de quien quisiera utilizarla. Tradicionalmente esta dote era proporcionada por la familia, las municipalidades, o los cuerpos de oficio. Ahora bien, la desaparición o la reducción del papel de estas instancias, el drenaje por la industria de los trabajadores de ambos sexos libres de sus amarras territoriales o familiares, provoca la aparición de una gran cantidad de mujeres demasiado pobres como para disponer de una dote y, por lo tanto, expuestas a "aventuras".

¿Con qué reemplazar ese capital inicial que ya no pueden aportar? No será con una suma de dinero, pues son demasiado numerosas. Será con su trabajo, su trabajo doméstico, cualificado, revalorizado, elevado a la categoría de un oficio. Solución triplemente ventajosa. Permitía reemplazar un gasto social por un aumento de trabajo no remunerado. También permitía introducir en la vida obrera elementos de higiene en cuanto al cuidado de los niños, la alimentación. La regularización de las conductas, cuya carencia explicaba la frecuencia de muertes prematuras, de enfermedades y de insubordinaciones: ¿en el origen de ese decaimiento físico y de esa independencia moral de la clase obrera no está la costumbre de vivir en habitaciones alquiladas, de comer en las tabernas. de preferir, en una palabra, la vida social, la vida de bar? Por último, permitía que el hombre estuviera controlado por la mujer, ya que ésta no le proporcionaría los beneficios de su actividad doméstica mientras no los mereciera. En lugar del contrato que tenía con ella y que le daba, por la dote, la posibilidad de una autonomía "*exterior*", de un papel social por la detentación de un estado, ella le inscribe en la dependencia de un "*interior*" que será su dominio reservado, que podrá dar, pero también retirar en cualquier momento. Las obras de Jules Simon celebrarán a partir del Segundo Imperio este gran descubrimiento: la mujer, la mujer de su casa, la madre atenta es la salud del hombre; el instrumento privilegiado de la civilización de la clase

obrero. Basta con modelarla para este uso, proporcionarle la formación necesaria, inculcarle los elementos de una táctica de abnegación para que triunfe sobre el espíritu de independencia del obrero.

No se trata de un discurso, sino de alianzas efectivas y de operaciones eficaces. La segunda mitad del siglo XIX se inscribe bajo el signo de una alianza decisiva entre el feminismo emancipador y la filantropía moralizadora que se propone como objetivo una doble lucha, primero, contra los prostíbulos, la prostitución y la policía de costumbres, y a continuación contra los conventos y la enseñanza retrógrada de las mujeres.

Reestablecer la vida familiar en la clase obrera suponía pues, modificar completamente unas reglas de juego cuya debilidad era cada vez más manifiesta.

Por un lado estaban las mujeres entregadas sin reserva al proceso industrial. Los empleos que encuentran son los menos cualificados, los peor pagados. Con el salario que ganan pueden justo alimentarse, pero muy difícilmente hacerse cargo de sus hijos. Sobre todo teniendo en cuenta que el hombre se encuentra, si no desplazado de su empleo por las mujeres, al menos muy expuesto al paro y de todas formas víctima de un proceso de descualificación del trabajo, que le hace perder sus privilegios sobre la mujer y los hijos y, a la vez, sus responsabilidades. Así pues, no es sorprendente que tienda a desertar de la fábrica para mandar a ella a su mujer y a sus hijos, para vivir a expensas de ellos y dejar que se deterioren su salud y sus fuerzas. Esta explotación desconsiderada del trabajo de las mujeres amenaza a la larga las fuerzas productivas de la nación. Es cómplice de una destrucción de la familia por un abuso odioso del poder patriarcal. Por eso no debe tampoco sorprender si las obreras, en esta situación, se prostituyen y realizan así, según una expresión acuñada por Villermé, su "quinto cuarto" de trabajo. La policía de costumbres, persiguiendo metódicamente a todas las mujeres sospechosas a sus ojos, no hace más que ratificar esta situación en lugar de remediarla, e incluso la agrava: confinando en los prostíbulos a toda mujer sospechosa de entregarse a la prostitución, pretende preservar las costumbres públicas, pero condena a estas desesperadas a un destino irreversible.

Por otro lado, estaban las mujeres que trataban de salvaguardar su capacidad contractual con la adquisición de una dote, y la preservación de su honor buscando su integración en un obrador religioso o en un convento industrial. La considerable proliferación de las comunidades religiosas de mujeres a mediados del siglo XIX se debe a esta persistencia del papel de la dote. Los obradores eran talleres de trabajo femenino organizados por las congregaciones religiosas que querían proseguir su misión de preservación y compensar la expoliación de la que habían sido víctimas durante el periodo revolucionario poniendo a trabajar a sus pensionistas. Podían tener desde una docena de muchachas hasta trescientas o cuatrocientas, ocupadas en trabajos manuales, principalmente textiles. También se beneficiaban de no tener que pagar impuestos. A mediados del Segundo Imperio, la población de estos obradores se estima en 80.000 y su cifra aumenta hasta finales del siglo XIX.<sup>21</sup> El ingreso en los obradores era un favor, había que inscribir a la familia en los centros de dependencia religiosa y a menudo pagar una pequeña suma. Para las más pobres se había desarrollado, especialmente en las regiones textiles, la fórmula fábrica-convento, compuesta de una dirección mixta, mitad industrial, mitad religiosa. A partir de un ejemplo lyonés, la fórmula prosperó, dando tres casas célebres en Jujurieux, en La Séauve y en Tatare: un reglamento conventual, un tiempo totalmente ocupado con los servicios religiosos y el trabajo industrial, una

vigilancia confiada a las hermanas de San-José y a las hermanas de San-Vicente-de-Paul, una remuneración por contrato anual. Todo estaba preparado para seducir a las familias pobres, que podían estar seguras de la preservación moral de sus hijas, y, además, tener la posibilidad de cobrar una suma global a su ingreso o a su salida; y para las jóvenes suponía la esperanza de un matrimonio gracias a estos salarios pagados en forma de sueldo, como a las domésticas.

Entre estas dos fórmulas de protección de las buenas costumbres, los moralistas filántropos y las feministas emancipadas denuncian más o menos crudamente la existencia de una especie de círculo vicioso que más que conjurar engendra y reproduce el decaimiento físico y moral de la población pobre. Entre un libro como el de J. Daubié, eminente feminista del Segundo Imperio, *La femme pauvre au XIXe siècle*, y el del célebre economista y filántropo Leroy-Beaulieu sobre *Le travail des femmes*,<sup>22</sup> la distancia no es muy grande. Ambos están de acuerdo en denunciar los inconvenientes de las organizaciones claustrales. En primer lugar, por su supuesta incidencia sobre las rentas. En 1847, en Lyon, en Macon y en Saint-Etienne, las comunidades religiosas fueron violentamente atacadas y condenadas al cierre por las obreras en paro, que saquearon varios conventos, rompiendo y quemando los telares:<sup>23</sup> las organizaciones conventuales se interponían en efecto entre la fuerza de trabajo y el mercado, utilizando sus exenciones fiscales y su régimen comunitario para ofrecer precios inferiores a los del trabajo libre, provocando de este modo una baja de los salarios y obligando a la inmoralidad a las mujeres libres. Además, monopolizaban los empleos que mejor podrían convenir a las mujeres (asistencia, educación...), de modo que la mujer sin dote estaba, o bien obligada a convertirse en religiosa si quería ejercer esos oficios, o bien expuesta a hacerse prostituta si aceptaba un oficio libre. Las dos obras denuncian igualmente la inadecuación de la formación conventual. J. Daubié muestra que las mujeres que pasan su juventud en las fábricas-conventos con la esperanza de preservar sus posibilidades de matrimonio, cuando salen son rechazadas por los obreros, que no quieren casarse con "esas monjas". Leroy-Beaulieu condena la "educación de invernadero", los internados que forman con vistas a "oficios semi-artesanales" y saturados, y no preparan "el espíritu de la joven" para una enseñanza sustancial que desarrolle enérgicamente su personalidad. Cualquier mujer, y sobre todo la mujer del pueblo, que está expuesta a más luchas y peligros, debe tener fuerza de voluntad y firmeza de carácter. Una educación que no despierte estas facultades no cumple su objetivo. A la lógica de la *preservación para el matrimonio* debe, pues, sucederle la de la *preparación para la vida familiar*: desarrollar la enseñanza doméstica, permitir a la joven, a la viuda y, ocasionalmente, a la esposa, tener acceso directo a un trabajo remunerado, crear para las mujeres carreras específicas que las preparen efectivamente para la vida familiar, evitar que las obreras caigan en la prostitución y, finalmente, reducir la rivalidad entre hombres y mujeres inscribiendo las carreras sociales de las mujeres como una prolongación de sus actividades domésticas.

La eficacia de esta estrategia familiarista se debe, sin duda, a que articula las trayectorias masculinas y femeninas, atacando progresivamente la antigua situación en la que, según la expresión de Gemahling, la mujer hacía la competencia al hombre y el niño a la mujer, lo que daba como resultado la desmoralización de la familia. La entrada de las mujeres en el mercado de trabajo no se encuentra frenada, sino dispuesta, siguiendo un plan que introduce en la carrera femenina el principio de una promoción que pasa por la adquisición de una competencia doméstica. El trabajo industrial de las jóvenes, de las mujeres solteras y de las esposas pobres es reconocido como una



necesidad ocasional, pero no como un destino normal. Si el hombre mejora su situación por la estabilidad y el mérito profesional, ella podrá quedar en el hogar y desplegar las competencias que harán de éste un verdadero hogar. Y después, sobre la marcha, orientarse hacia profesiones administrativas, asistenciales y educativas, que corresponden más a su vocación natural. Esta flexión introducida en la carrera femenina devuelve al hombre, si no la realidad, al menos la impresión de su antiguo poder patriarcal, asegurándole la responsabilidad principal en el aprovisionamiento del hogar. y coloca a la mujer en una posición de vigilancia constante del hombre, puesto que estará interesada en la regularidad de la vida profesional, y, por tanto, social, de su marido, de las que dependerán sus propias posibilidades de promoción.

Esta estrategia de familiarización de las capas populares en la segunda mitad del siglo XIX se apoya fundamentalmente sobre la mujer y le proporciona un cierto número de herramientas y de aliados: la instrucción primaria, la enseñanza de la higiene doméstica, la creación de guarderías para hijos de obreros, la instauración del reposo dominical (reposo familiar por oposición al de los lunes, tradicionalmente ocupado en farras). Pero el principal instrumento que recibe es la vivienda "social". Prácticamente se saca a la mujer del convento para que saque al hombre del bar, dándole un arma, la vivienda, y su modo de empleo: excluir a los extraños y tratar de que entren el marido y los hijos.

La vivienda social tal y como aparece a finales del siglo XIX, y cuyo exponente mayor son las casas baratas (H. B. M.: *habitations à bon marché*), precursoras de las viviendas de renta limitada (H. L. M.: *habitations à loyer modéré*), es el resultado de numerosas observaciones efectuadas entre la clase obrera durante el siglo, el resultado también de experimentaciones e intercambios internacionales (a partir del Segundo Imperio las Exposiciones Universales consagran una parte de sus actividades a esta cuestión). Así pues, vemos perfilarse progresivamente la puesta a punto de un doble objetivo.

Primero, la vivienda debe ser algo intermedio entre la fórmula de la guarida y la del cuartel. La guarida es el resultado de esa costumbre rural y artesanal, que consiste en considerar el local familiar como un escondite, un reducto al abrigo de las miradas de los demás, donde uno acumula sus riquezas como un animal sus capturas, en hacer de ella una pequeña fortaleza donde uno puede ocultarse durante el día y salir por la noche. Esta imagen del habitat popular que obsesiona a los higienistas no es en modo alguno el producto de una concepción primitiva de la existencia: además de los problemas de calefacción y de protección, la exigüidad de las aberturas de las viviendas populares no dejaba de tener relación con ese uso heredado del Antiguo Régimen, que consistía en calcular el impuesto por el número de puertas y ventanas. También este hacinamiento se debía, a menudo, a necesidades profesionales; los famosos sótanos de Lille, célebres por su insalubridad, estaban ocupados por familias obreras, que encontraban en esa humedad las mejores condiciones para la conservación de sus materiales. Luchando contra la falta de sanidad y la inmoralidad de estos cuchitriles y de estos sótanos, los higienistas luchaban también contra una concepción del habitat como abrigo, como lugar de defensa y de autonomía. Para ellos se trata de sustituir la fuerza autárquica por la fuerza de trabajo, de hacer de la vivienda un espacio sanitario y no un espacio "militar", de desterrar lo que había en él de propicio para ocultas alianzas y turbias uniones. Y, para ello, los mínimos detalles cuentan. Por ejemplo, esa costumbre sospechosa de sobrecargar el interior de las habitaciones con grabados equívocos. "Hay que ser severo y proscribir sin piedad los excesos decorativos, las imágenes obscenas o degradantes, reemplazándolas por flores alrededor de la casa."<sup>24</sup> La fórmula del cuartel

ofrece peligros equivalentes en la medida en que agrupa una gran cantidad de individuos bajo un régimen uniforme donde la copresencia de solteros y de familias engendra una disminución de la moralidad y, sobre todo, la imposibilidad de aplicar los reglamentos. Y los responsables del orden ven en estos gigantescos conglomerados una incitación al motín. La solución será, pues, otorgar las viviendas en función de condiciones de admisibilidad que garanticen la moralidad de los habitantes so pena de expulsión. Las ciudades que se construyen a partir de 1850, las ciudades Napoleón de París y de Lille, y las ciudades de Mulhouse, marco de experiencias piloto del patronato paternalista y filantrópico, responden a esta exigencia. Taillefer, el médico de la ciudad Napoleón de París, anuncia que ésta será "la tumba del motín", alegando en apoyo de sus opiniones el comportamiento de los miembros de "su" ciudad durante los acontecimientos del 2 de diciembre, en el momento en que los insurrectos vinieron a harengarlos: "Tras unas palabras amistosas, todos se retiraron a sus viviendas respectivas y los perturbadores tuvieron que irse."<sup>25</sup> El apego del obrero al orden público está garantizado por el deseo de conservar su vivienda, y si él falla, su mujer se encargará de ello, como cuenta Reybaud a propósito de los obreros de la fábrica Cunin-Gridaine de Sedan, donde es costumbre que "la mujer acuda a pedir gracia para las faltas de su marido".

Las investigaciones sobre la disposición interna de la vivienda apuntan explícitamente a favorecer esta función de mutua vigilancia. De ahí la elaboración de un segundo objetivo: concebir una vivienda lo suficientemente pequeña como para que ningún extraño pueda habitarla, y, a la vez, lo suficientemente grande como para que los padres puedan disponer de un espacio separado del de los hijos, a fin de que puedan vigilarlos en sus ocupaciones y no ser observados en sus retozos. La costumbre de tener uno o varios "huéspedes" era muy frecuente entre las clases populares: ligada a la antigua organización familiar de la producción que albergaba a los aprendices y a veces a los obreros, ligada también a la carestía de los alquileres, esta costumbre hacía del espacio familiar simultáneamente un espacio social, paso obligado en los circuitos de recorrido más que enclave de vigilancia y de paz a los ojos de observadores como Blanqui y Reybaud.<sup>26</sup> El arquitecto Harou Romain, especializado a la vez en edificios penitenciarios y en viviendas sociales, denuncia en esa voluntad aparente de economía la causa de la falta de higiene y de moralidad de las capas populares, puesto que significaba concentrar en una misma habitación a los hijos, niños y niñas juntos, y a veces a los padres.<sup>27</sup> Para remediarlo, las ciudades obreras de Mulhouse prohíben subalquilar y, en Bélgica, Ducpétiaux preconiza separar una habitación de la casa con entrada independiente. Arrojado el extraño queda por distribuir el espacio familiar entre padres e hijos.

El objetivo es reducir la parte "social" de la vivienda en provecho de los espacios reservados a padres e hijos. El dormitorio debe convertirse en el centro virtual, invisible para los hijos. Debe ser, según Fonssagrives, "la pequeña capital del pacífico reino de la casa". Los niños deben de tener "una habitación próxima a la de los padres, que quitará a la vigilancia disimulada lo que tendría de vejatoria si fuera más aparente, pero que permite conservar lo que tiene de eficaz".

La separación de sexos y de edades en la vivienda popular movilizará a los filántropos durante todo el siglo, hasta tal punto se opone a las antiguas formas de organización. Podemos hacernos una idea con este extracto de los debates del *Congreso de higiene pública de Bruselas* de 1851 sobre la cuestión de la "distribución interior de las

viviendas". Ebrington: "Para la moralidad y la decencia, la separación de los sexos es indispensable. Un ministro me ha dicho: "He hecho todo lo que he podido, pero el dormitorio común me ha vencido." Ducpétiaux: "¿Cuando esta separación fuera imposible, no se podría recurrir a la utilización de formas suspendidas para los hijos?" Gourlier: "Habría que separar la hamaca del resto de la habitación por una especie de cortina. Pero se hará un día y será suprimido al siguiente." Raman de la Sagra: "¿En lugar de las hamacas prefieren ustedes una cama en la que estén juntos los padres y los hijos?" Gourlier: "Supongan que no se establezca esta separación, nuestra obra estaría condenada. Desde las hamacas los niños verían a sus padres. El pudor no sería respetado."

Islotes de insalubridad, piezas de un sistema de defensa, refugios de relaciones animales, eso es lo que eran las viviendas populares, las habitaciones de París, los sótanos de Lille, los cuchitriles de Lyon. Y la fórmula de la vivienda social representa una solución a estos tres tipos de inconvenientes. Concebir un espacio lo suficientemente amplio como para ser higiénico, lo suficientemente pequeño como para que sólo pueda vivir en él la familia, y distribuido de tal forma que los padres puedan vigilar a sus hijos. Se pide a la vivienda que se convierta en una pieza complementaria de la escuela en el control de los niños: que los elementos móviles sean eliminados a fin de poder inmovilizarlos. La búsqueda de intimidad, la competencia doméstica exigida a la mujer popular es una manera de hacer aceptable, de hacer atractivo ese habitat que pasa de una fórmula ligada a la producción y a la vida social a una concepción basada en la separación y en la vigilancia. Que el hombre prefiera lo de afuera, el ambiente de los bares, que los niños prefieran la calle, su espectáculo y sus promiscuidades será culpa de la esposa y de la madre.

Así pues, el nacimiento de la familia moderna centrada sobre la primacía de lo educativo no obedece a la lenta propagación de un mismo modelo familiar a través de todas las clases sociales, siguiendo la lógica de su mayor o menor resistencia a la modernidad. Cuando menos hay dos series bien distintas de promoción de esta necesidad educativa, y las diferencias entre los efectos políticos que inducen son lo suficientemente grandes como para que pueda hablarse de una simetría invertida.

En una y otra serie la familia se centra sobre sí misma, pero en cada una de ellas el proceso tiene un sentido totalmente distinto. La familia burguesa se ha constituido por un *estrechamiento táctico* de sus miembros con vistas a reprimir o a controlar un enemigo del interior: los domésticos. A través de esta cohesión, obtiene un incremento de poder que la eleva socialmente y le permite volverse hacia el campo social con una fuerza renovada capaz de ejercer controles y patronazgos diversos. La alianza con el médico refuerza el poder interno de la mujer y mediatiza el poder externo de la familia. La familia popular se forja a partir de la *proyección* de cada uno de sus miembros sobre los demás en una relación circular de vigilancia frente a las tentaciones del exterior: el bar, la calle. Sus nuevas tareas educativas las realiza a costa de una pérdida de coextensibilidad con el campo social, de apartarse de todo lo que la situaba en un campo de fuerzas exteriores. Aislada, en adelante se expone a que le vigilen sus desvíos.

Aún más significativa es la diferencia entre las posiciones tácticas de la mujer burguesa y las de la mujer popular. A través de la revalorización de las tareas educativas, una nueva continuidad se establece, para la mujer burguesa, entre sus actividades familiares y sus actividades sociales. Descubre un dominio de misionariado, se abre un nuevo

campo profesional en la propagación de las nuevas normas asistenciales y educativas. Y así puede ser a la vez el soporte de una transmisión del patrimonio dentro de la familia y el *instrumento de difusión cultural en el exterior*. La mujer popular tiene un trabajo antagónico por naturaleza con su estatuto materno, que a veces es necesario, pero que siempre repercute sobre el cumplimiento de su función de guardiana del hogar. Ninguna misión de difusión para ella: al contrario, su misión es velar por la *retracción social de su marido y de sus hijos*. De ella, de la regularidad que imponga, depende la transmisión de un patrimonio que permanece casi siempre exterior a la familia, el "patrimonio social" como dicen los juristas, cuya gestión escapa a la familia y del que el obrero no puede disponer de por vida, puesto que no lo obtiene más que por su propio deterioro y por su muerte. "Mientras que la transmisión del patrimonio de la familia burguesa se hace por testamento o *ab intestat*, en el caso de la familia obrera no se trata de lo mismo, ya que la sucesión *ab intestat* no está regulada de manera uniforme, sino que depende de las leyes y de los reglamentos adoptados por las diversas instituciones que tienen por objetivo la creación de ese patrimonio para el obrero. Así pues, en el caso de éste, la cuestión de la libertad de testar no se plantea, puesto que las diversas instituciones de previsión no pretenden crear un patrimonio del que el obrero podría disponer por testamento a su gusto, sino que pretenden proteger a su familia que, sin la ayuda de dichas instituciones, sería una familia desclasada, a cargo de la Administración Pública. Por último, mientras que en la familia burguesa el heredero continúa la personalidad del difunto, recibiendo todos sus bienes y a la vez haciéndose cargo de todas sus deudas, en la familia obrera la persona del heredero es totalmente independiente de la personalidad del difunto, reduciéndose sus derechos a percibir una suma fija determinada previamente, y en ningún modo es responsable de sus deudas."<sup>28</sup>

¿Y la infancia? En el primer caso, la solicitud de la que es objeto adquiere la forma de una *liberación protegida*, de un alejamiento de los recelos y de las obligaciones comunes. En torno al niño, la familia burguesa traza un cordón sanitario que delimita su campo de desarrollo: dentro de ese perímetro, el desarrollo de su cuerpo y el de su espíritu serán estimulados poniendo a su servicio todos los aportes de la psicopedagogía, y controlados por una discreta vigilancia. En el segundo caso, sería más justo definir el modelo pedagógico como el de la *libertad vigilada*. Aquí lo problemático no es tanto el peso de las antiguas obligaciones como el exceso de libertad, el abandono a la calle, y las técnicas empleadas consisten en limitar esta libertad, en hacer retroceder al niño hacia los espacios de mayor vigilancia, la escuela y la vivienda familiar.

## NOTAS

<sup>1</sup> DE CHAMOUSSET: *Œuvres complètes*, 1787, 2 vols.

<sup>2</sup> BUCHAN: *Médecine domestique*, 1775.

<sup>3</sup> ALPHONSE LEROY: *Recherches sur les habillements des femmes et des enfants*, 1772.

<sup>4</sup> JOSEPH RAULIN: *Traité des affections vaporeuses du sexe*, 1758.

<sup>5</sup> TISSOT: *De l'onanisme*, Lausanne, 1760.

<sup>6</sup> *Ibíd.*

<sup>7</sup> Citemos algunas de las más importantes: RICHARD: *Essai sur l'éducation physique des enfants du premier âge*, 1829; P. MAIGNE: *Choix d'une nourrice*, 1836; A. DONNE, *Conseils aux mères sur la manière d'élever leurs nouveaux-nés ou de l'éducation physique des enfants du premier âge*, 1842; E. SERVAIS, *Hygiène de l'enfance ou guide des mères de famille*, 1850; E. BOUCHET: *Hygiène de la première enfance. Guide des mères pour l'allaitement, le sevrage y le choix de la nourrice*, 1869; DEVAY, *Traité d'hygiène spéciale des familles*; FONSSAGRIVES, *De la régénération physique de l'espèce humaine par l'hygiène de la famille et en particulier du rôle de la mère humaine par l'hygiène de la famille et en particulier du rôle de la mère dans l'éducation physique des enfants*, 1867; *Dictionnaire de la santé ou répertoire d'hygiène pratique à l'usage des familles et des écoles*, 1876.

<sup>8</sup> J. PEUCHET, *Encyclopédie méthodique* (serie 111-112), artículo "Enfant, police et municipalité", 1792.

<sup>9</sup> Véase ERNEST LEGOUVE: *Histoire morale de la femme*, 1849; JULIE DAUBIÉ: *La femme pauvre au XIXe siècle*, 1866; LÉON RICHER: *La femme libre*, 1877.

<sup>10</sup> VICTOR DE LAPRADE: *L'éducation homicide*, 1866.

<sup>11</sup> EUGÈNE FOURNEL: *Traité de la séduction*, 1781.

<sup>12</sup> J. NECKER: *De l'administration des finances de la France*, 1821 (tomo IV de las Obras completas).

<sup>13</sup> J. F. TERME y J. B. MAUFALCON: *Histoire des enfants trouvés*, 1837

<sup>14</sup> TH. ROUSSEL: *Rapport sur l'application de la loi de 1874*, 1882.

<sup>15</sup> Resolución de la Academia de Ciencias Morales y Políticas publicada en los *Annales de la charité*, tomo II, 1847.

<sup>16</sup> Sobre la Sociedad de la caridad maternal, véase F. GILLE: *La Société de charité maternelle de París*, 1887.

<sup>17</sup> R. GOSSIN: *La Société de Saint François-Régis*, 1844; véase también del mismo autor el *Manuel de la Société de Saint-François-Régis*, 1851.

<sup>18</sup> JULES SIMON: *L'ouvrière*, 1861, pág. 285.

<sup>19</sup> GOSSIN: *op. cit.*

<sup>20</sup> J. DAUBIE: *op. cit.*

<sup>21</sup> Véase MOUNIER: *De l'organisation du travail manuel des jeunes filles*, 1869 y P. GEMAHLLING: *Travailleurs au rabais*, 1910.

<sup>22</sup> *Le travail des femmes au XIXe siècle*, 1873.

<sup>23</sup> TIXERANT: *Le féminisme a l'époque de 1848*, 1908.

<sup>24</sup> CH. PILLAT y GOSSELET: *Catéchisme d'hygiène à l'usage des enfants*, Lille, 1850.

<sup>25</sup> A. TAILLEFER: *Des cités ouvrières et de leur nécessité comme hygiène et tranquillité publique*, 1850.

<sup>26</sup> Blanqui, encargado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas de realizar un informe sobre *L'Etat des classes ouvrières après le formidable mouvement révolutionnaire de 1848*, refiere que es en las regiones en las que la industrialización es menos avanzada, allí donde el taller aún no ha sido sustituido por la manufactura, donde la insalubridad y la indisciplina son mayores; el "pauperismo y las utopías se entienden muy bien" y los niños vagabundos se convierten en víctimas de los agitadores.

<sup>27</sup> HAROU-ROMAIN: "Proyecto de asociación financiera para la mejora de las viviendas de los obreros de Bruselas", *Annales de charité*, 1847 y 1848.

<sup>28</sup> P. ALVAREZ: *De l'influence de la politique, de l'économie et du social sur la famille*, 1899.